

seña» de aquel día que venía concebido en los términos que siguen: «Cornelio, Cornudo, Cuerno».

Y efectivamente, al llegar á su casa se encontró con el cuadro siguiente:



Su esposa (¡la infiel!) remendándole unos calzones de paño-punto inglés; el chico cabalgando en el asistente y su suegra roncando, mejor dicho, mugiendo como un huésped del jarama.

Hay tipo de esos—de los celosos—que llega la hora de almorzar, se sienta á la mesa con la cara más bonachona y el arte más tranquilo que pedirse pueda, y rompé de pronto echando por la boca tacos de aquellos superiores, acabando por preguntar con voz ronca por la ira: ¿De quién es este mondadientes?

—Pero ¿te has vuelto loco? Si es el tuyo.

—¿El mío? No es posible. ¡Tu me engañas, Nicanora!

—¡Pero hombre!...

—¡Nada, que no! El mío no tiene marcada la punta con esa mancha colorada!... Ya sé, ya sé á quien pertenece: á tu primo el coadju-